

EL CÓNDOR CHRISTOPHER Y LAS VACAS ISHERWOOD

www.elboomeran.com

DIARIO DE UN VIAJE
POR SUDAMÉRICA

sexto piso realidades



El cóndor y las vacas
Diario de un viaje por Sudamérica

El cóndor y las vacas
Diario de un viaje por Sudamérica

CHRISTOPHER ISHERWOOD

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS BARBA

FOTOGRAFÍAS DE WILLIAM CASKEY



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:
The Condor and the Cows

Copyright: © 1949, Christopher Isherwood, All rights reserved

Primera edición: 2012

Fotografía de portada
WILLIAM CASKEY

Traducción
ANDRÉS BARBA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán,
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-36-9
Depósito legal: M-32820-2012

Impreso en España

ÍNDICE

Nota al lector	9
El comienzo del viaje	15
Río arriba	35
En Bogotá	63
Camino a Ecuador	85
Petróleo en la selva	113
Hacia Perú	141
Lima y Arequipa	165
En el Altiplano	191
Titicaca y La Paz	213
La ciudad y el llano	243
Reflexiones en Buenos Aires	265

NOTA AL LECTOR

Este libro se basa en las notas que tomé en mi diario, día tras día, a lo largo de nuestro viaje. Al reescribirlas he modificado tres o cuatro nombres y ocultado las fuentes de buena parte de la información para no comprometer a algunas personas que en su momento fueron lo bastante generosas como para hablarme con franqueza, y hasta con indiscreción. Como no deseo aprovecharme de una ventaja a posteriori he preferido dejar intactos, tal como los anoté en su momento, mis comentarios sobre el doctor Jorge Eliécer Gaitán. Tengo la esperanza de que no parezcan ahora poco delicados ni ofensivos considerando no sólo su trágico asesinato el 9 de abril del pasado año en Bogotá, sino también los actos de violencia que desencadenaron. Otros episodios se han producido desde que nos fuéramos de América del Sur—Rómulo Gallegos fue elegido presidente de Venezuela y poco más tarde expulsado por una junta militar; el presidente Bustamante ilegalizó el partido Aprisa y se vio obligado a exiliarse en Argentina; mientras que Haya de la Torre se ha acogido al asilo diplomático en la Embajada de Colombia en Lima. Ha habido otro intento de derrocar el gobierno de Bolivia; en Argentina parece que descubrieron a tiempo un complot para asesinar a los Perón; Miguel Miranda ha caído en desgracia; y mi amigo Rolf Katz, cuya pluma no ha perdido su ingenio de siempre, estuvo a punto de batirse en duelo con el director de la bolsa de Buenos Aires. No me cabe duda tampoco de que antes de que se publique este libro ocurrirán nuevos episodios reseñables.

El sentido del título admite poco espacio para la interpretación equivocada, pero tal vez sea conveniente añadir que el cóndor es el emblema de los Andes y sus repúblicas montañosas

y que las vacas simbolizan las grandes llanuras o, más concretamente, Argentina, sin que exista ninguna intención de ofensa por mi parte.

No voy a disculparme de antemano por los disparates, inexactitudes o errores de criterio que probablemente inundan estas páginas. Es inevitable que una persona que lleva un diario acabe poniéndose en ridículo antes o después. Su aspiración es más la de trazar un paisaje impresionista y espontáneo que la de hacer algo perentorio. Por esa razón tampoco leí demasiado sobre la materia. Si hubiese tenido un conocimiento más amplio lo más probable es que hubiese generado en mí cierto complejo de inferioridad y una humildad que habrían sido contraproducentes. Lo más probable es que no hubiese escrito ni una sola línea.

Sea como sea, algunos libros cayeron en mis manos más o menos accidentalmente mientras viajaba. De todos ellos he tomado algo y a todos se lo agradezco. He aquí los títulos:

New World Guides to the Latin American Republics. Editado por Earl Parker Hanson. 3 vols., Duel, Sloan and Pearce, Nueva York.

Utilicé el segundo volumen que abarca todas las naciones de la costa oeste, incluyendo Bolivia. Se cita con frecuencia. No se me ocurre mejor guía.

The South American Handbook, 1946. Trade and Travel Publications, Londres.

Se trata de un práctico anuario que abarca toda América Central y del Sur, por lo que su información es, por fuerza, algo esquemática. Resulta extraño que las distancias y altitudes que consigna difieran tanto de las que proporciona el *New World Guides*. En realidad utilicé más el segundo, por ser más completo.

Colombia: Gateway to South America. Kathleen Romoli, Doubleday and Company, Garden City, Nueva York.

Creo que se trata del libro más popular sobre Colombia escrito en lengua inglesa. Tal vez la autora peque en alguna ocasión de un entusiasmo excesivo, pero se lee con facilidad y

lo hace a uno desear viajar a Colombia incluso si ya ha estado allí.

...and Points South. Oden y Olivia Meeker, Random House, Nueva York.

Este manual engloba América Central y parte del continente de una manera un poco esquemática. El libro es deslumbrante y de un ingenio al estilo neoyorquino que a ratos puede resultar desesperante, pero no deja de ser una gran colección de detalles entretenidos y bien relatados, con no pocos buenos consejos. No generaliza demasiado y la información sobre la comida es excelente.

Call for Forty Thousand. John J. Considine, Longmans Green, Nueva York.

Es un estudio sobre la situación de la Iglesia Católica en América del Sur en el que básicamente se detalla la escasez de sacerdotes. Se escribió tras una gira por las misiones de Maryknoll. Es una lástima, pero pertenece a esa nómina de libros que rara vez leerá un no católico y que podría darle mucha información sobre los problemas religiosos más habituales.

The Highland Tribes of Southern Colombia. Gregorio Hernández de Alba, Smithsonian Institution, Washington.

Inca Culture at the Time of Spanish Conquest. John Howland Rowe, Smithsonian Institution, Washington.

The Distribution of Indians and Indian Languages in Peru. John Howland Rowe, American Geographical Society, Nueva York.

De estas monografías, dos pertenecen a un extenso volumen, el *Handbook of South American Indians*. Están muy documentadas y los autores tienen el buen gusto de evitar tecnicismos demasiado oscuros.

Lost City of the Incas. Hiram Bingham, Duell, Sloan and Pearce, Nueva York.

Es posible que se le vaya un poco la mano en el estilo periodístico y que sea en exceso especulativo, pero su relato de primera mano de las expediciones es muy intenso y las fotografías de Machu Picchu son fantásticas.

Bolívar and the Independence of Spanish America. J.B. Trend, Hodder and Stoughton, Londres.

Reconozco con cierta vergüenza que hasta ese momento no había leído ninguna biografía de Bolívar. Ésta, a pesar de ser muy breve, no podría ser mejor. Evita lo sentimental y es, a la vez, tan perspicaz y emocionante como una buena novela.

Y hablando de novelas, *Nostramo*, de Joseph Conrad, sigue siendo, a pesar de que hayan transcurrido ya cuarenta y cinco años desde que fue escrita, un fresco maravillosamente realista del atraso de cualquier nación sudamericana, no importa cuál.

Tal vez al lector le aburran los agradecimientos, pero son necesarios. Todas las personas que tuvimos la suerte de conocer fueron muy amables con nosotros y todas las menciones nominales que aparecen en el texto, por circunstanciales que sean, deberían ir acompañadas de un ramo de flores. Algunas personas a las que estoy igualmente agradecido (por su hospitalidad y sus consejos) y que sólo he omitido por falta de espacio son:

En Bogotá: los señores Gustavo Restrepo y Fabio Gómez junto a sus familias; el embajador y la señora Beulac; los señores Canter, Vebber y Wieland, de la Embajada de Estados Unidos; los señores Millman y Tett, del Instituto Cultural Británico, el doctor Neil Mackay, del Consejo Británico, la señorita Silvia López.

En Quito: el señor y la señora Le Lievre; el doctor Luis Camacho.

En Lima: el doctor Bruno Vargas Buenaño; el señor y la señora Volger Athearn; el señor Delgado Arias, de la Embajada de Estados Unidos; Ralph Emery y señora, Harry Tomlinson, de la Grace Line; *miss* Mackay.

En La Paz: Ifor Rees, enviado británico en Bolivia; Peter Jones, del Instituto de Asuntos Interamericanos; los señores Ashton y Murdoch, de la Legión Británica; y William Dodge.

En Buenos Aires: René Berger, Pancho Moraturi, William Harris, Ralph Siegman, Herr y Frau Josef Gelen, Lawrence Smith, el señor Mickle, Luis Saslavsky, Delia Garcés, Alberto

de Savalia, el embajador Bruce, la señorita Gill y los señores Conklin y Oakley, de la Embajada de Estados Unidos, Luis Baudizione, Enrique Gil, Guillermo Guevara, William Johnson, Roberto Payro, de la oficina de *Time-Life-Fortune*, Bernard Redmont, del *US News-World Report*, y Herr Thorlichen.

Aparte de esa lista es preciso mencionar especialmente a tres personas: el señor Jorge de Castro que, en compañía de René Berger, hizo que nuestras horas en Río fueran inolvidables; y a mi prima Barbara y su Marido, Rudolf von Strachwitz, porque nuestro encuentro en Buenos Aires fue para mí el accidente más feliz de todo el viaje.

Con respecto a los agradecimientos de rigor, debo añadir que hay partes del material que aquí se publica que ya se han publicado antes (con o sin las fotografías de Caskey) en las siguientes publicaciones británicas y norteamericanas: *The Geographical Magazine*, *Holiday*, *Horizon*, *Illustrated*, *Penguin New Writing*, *Vogue* y *Zero*.

EL COMIENZO DEL VIAJE

20 DE SEPTIEMBRE DE 1947

Pasamos la primera mañana en el mar, en algún lugar cercano a la costa de Nueva Jersey. Primera mañana en la que el sol no resulta pegajoso y el aire no está cargado de contaminación, tras un largo y molesto verano en Manhattan. El camarote es fresco y está limpio; la litera es cómoda y el barco se balancea grácil y poderosamente; el plomo de las tuberías es un poco laxante y la ducha es generosa. El desayuno está listo en el agradable comedor; cereales, café, huevos, tostadas, fruta. Hasta la hora de comer paso el rato en la piscina y en la cubierta superior. Aún faltan cinco días para llegar a América del Sur.

Es hora de despertar a Bill Caskey, que duerme en la litera superior con la cabeza hundida en la almohada y emite ronquidos sordos y profundos. Caskey se revuelca un poco al despertar, como si saliera del baño caliente del sueño. Se despierta con lentitud; la cara sonrojada e hinchada y la mirada furiosa.

Tiene veintiséis años y es un irlandés de Kentucky. Según los parámetros del doctor Sheldon se le podría describir como un mesomorfo viscerotónico. A veces sus amigos lo comparan cariñosamente con un cerdo. Dicho lo cual, sobran los epítetos que yo pueda añadir aquí. Lo más probable es que vaya describiéndose él mismo a medida que vayan transcurriendo estos días de nuestro viaje. Es fotógrafo de profesión y me acompaña con el objetivo de hacer fotografías para ilustrar este diario. Habla tan poco español como yo y sólo ha estado una vez en el extranjero, durante un corto viaje a la ciudad de México.

Compartimos la mesa con un matrimonio de Nueva York que está haciendo el crucero: Curaçao, Puerto Cabello, Cartagena

y vuelta. Él es abogado y jugador aficionado de fútbol americano. Tiene poco más de treinta años, un judío joven y fortachón que ha dejado la universidad hace poco y se disculpa a diario por estar cada día más gordo. Ella es de origen español e irlandés, muy atractiva aún.

Llevan casados diez años, tienen hijos y parecen felices. Desde su luna de miel no habían hecho un viaje a solas. Lo más probable es que haya sido idea de ella porque él parece poco dispuesto, no consigue relajarse del todo. Para él, como para tantos norteamericanos de su clase, un viaje de placer no es otra cosa que una inversión de una naturaleza distinta, una tal vez no tan interesante, pero que requiere estar atento de alguna forma. Mira a todas partes con su universitario ceño fruncido, tratando de tasar todo lo que ve en función de valor y servicio. No es tacaño en absoluto (tiene una naturaleza de lo más generosa) pero está alerta para que no lo estafen. Parece estar inspeccionando constantemente el barco, los camarotes, la comida, a los camareros, a la orquesta y preguntándose: «¿Es éste realmente el mejor rendimiento que cabe esperar de nuestro dinero?». Tengo la impresión de que hasta ahora está más o menos satisfecho.

Ella, por su parte, parece no tener más ambiciones que la de divertirse y hacer que él se divierta, y la energía que vuelca en su misión es tan hermosa como conmovedora. Cuando están en la piscina, cuando se les ve bebiendo una copa de vino o bailando, todos sus gestos y sonrisas parecen suplicarle que regrese a su lado a pesar de todos los años transcurridos para ayudarla a rescatar la pasión de su noviazgo. Él, por lo visto, parece estar respondiendo. Tiene un aspecto tímidamente satisfecho. Los dos parecen muy jóvenes pero de pronto vuelve a asomar ese ceño preocupado y él se ve de nuevo atrapado en sus cálculos.

Es posible que ella no sea tampoco muy consciente del sentido de su viaje. Unas vacaciones de este tipo son a la vez una piedra de toque y una reivindicación de toda la relación que ya se ha tenido. Tras tantos años de monotonía (el trabajo

en la oficina, la educación de los niños, las compras, la cocina) han sacado su matrimonio de su profundidad suburbana y lo han contrapuesto al marco fantástico del océano, las montañas y las estrellas. ¿Se mantiene en pie? ¿Es acaso tan autosuficiente, profundo y brillante como un cuadro de Vermeer o es como un boceto torpe de aficionado que se desmorona?

¿Qué se puede hacer para ayudarlos? También nosotros tenemos nuestro lugar, como es lógico, en el esquema de valores del viajero. Pertenece a la clase imprescindible de «esas personas interesantes que conocimos en el barco». Tenemos la misma categoría que «las ruinas» o «un pequeño restaurante encantador». Sin nosotros el viaje no sería completo. Sabemos que nos convertiremos en el tema central de las conversaciones con la familia y los amigos cuando regresen a casa.

Nuestro deber, por tanto, es ser lo más pintorescos que podamos. No excéntricos de una manera alarmante, porque eso los asustaría. Tampoco demasiado envidiablemente independientes, porque eso les haría sentirse insatisfechos con sus vidas. Me siento obligado a contarles historias sobre China, Inglaterra, Alemania, Hollywood; sobre los nazis, los misioneros y las estrellas de cine. Tengo la obligación de parecer bohemio, alegre y despreocupado pero no por eso debo olvidar referirme al cansancio del viajero, al deseo de tener una casa propia en la que asentarse... Y sobre todo debo aclararle a él que me gana la vida y respeto el dinero.

Mientras tanto la camarera no deja de observarnos. Tiene aspecto cansado y sonrío de una manera indulgente. Es de una firmeza tranquila en lo que se refiere a la puntualidad en las comidas. Parece una enfermera de hospital, como todas las mujeres que trabajan en los transatlánticos. De momento estamos en observación, pero en cualquier momento cualquiera de nosotros podría enfermar de gravedad. Al parecer en el último viaje de vuelta navegaron al borde de un huracán y se rompió toda la vajilla del comedor.

Pero ahora el tiempo es magnífico y el barco se mece nerviosamente adelante y atrás en la frescura de cada mañana

luminosa. El océano Atlántico, más resplandecientemente vivo que ningún otro paisaje, tiene ya esas manchas verdiazules que se reconocen en las pinturas del Golfo de Winslow Homer. La piscina es como un estanque para peces lleno de niños chillones y los adultos, cada uno con el cuerpo que Dios le ha dado, se exhiben con coloreadas vestimentas de verano y atrevidos bañadores. Todos llevan un libro pero son muy pocos los que lo leen más de un minuto seguido ya que la concentración desvirtúa con demasiada facilidad el placer de las sensaciones animales básicas. Tranquilos y excitados a la vez, nos movemos con cierta majestuosidad, dirigimos nuestras voluntades a un único destino y nos entregamos con comodidad a la energía de los motores. En tierra siguen esperándonos nuestras vidas con sus circunstancias particulares, pulcramente atesoradas en sótanos o dispersas aquí y allá en las casas de nuestros amigos. A su debido tiempo tendremos que reordenarlas de nuevo, pero por el momento todos hemos muerto (ordenada o desordenadamente, cada cual según su carácter) y yacemos entre la muerte y el renacimiento en esta especie de cielo de segunda clase. Charlamos y actuamos irresponsablemente, como si fuésemos inmortales.

Tras el calor del mediodía, la comida y la siesta, llega una tarde majestuosa y tranquila. Los cúmulos se agrupan en el horizonte marino, como ruinas griegas que se desmoronan. El océano tiene un aspecto inmemorial, tal y como es su verdadera naturaleza. Es la hora para la meditación, la filosofía y los lugares comunes cuando se habla de la vida sentimental. La mente, que ha estado vagabundeando sin rumbo durante todo el día, comienza ahora a despertar. Nos sentimos como si no tuviésemos cuerpo y por eso resulta posible analizar el pasado sin remordimiento y el futuro sin temor y sin deseo. En un momento como éste uno podría renunciar a todos los bienes de este mundo, con excepción tal vez del cóctel que estamos bebiendo.

Gran parte de los pasajeros se arreglan para la cena y el baile. Especialmente las muchachas latinoamericanas que

producen un efecto inmediato de costosa elegancia. Algunas llevan más maquillaje y más joyas de las que se habrían puesto en el mismo Nueva York, y cuando dan las nueve y media la sala común parece un cabaret. El lujo, sin embargo, carece de encanto en un barco de una sola clase. Para conseguir su contraste dramático imprescindible la primera clase necesitaría una segunda y una tercera. Recuerdo que cuando Auden y yo cruzamos el océano Índico hace nueve años vagábamos a nuestra voluntad por todos los estratos de la sociedad colonial francesa. En la cubierta principal había un salón de baile parisino con mujeres envueltas en sedas plateadas que flotaban en brazos de banqueros y gerifaltes del caucho. Debajo de aquella estaba la cómoda segunda clase, con su mundo de burgueses, mujeres que tejían y charlaban y padres de familia que jugaban a las cartas en mangas de camisa. Más abajo todavía se encontraba un comedor de tercera clase que un destacamento de marinos había convertido en una especie de taberna de Toulon, con sus gorros enfrascados en la cabeza, sus cigarrillos en la comisura de los labios y sus bailes llenos de sonrisas lascivas a ritmo de bandoneón. En la cubierta de proa, bajo las estrellas, unos viejos asiáticos habían extendido sus tapices y fumaban pipas de agua con las piernas cruzadas. Sonaba una flauta y un negrito bailaba retorciendo el vientre y las piernas. Aquel barco era una ciudad completa, éste es un suburbio adinerado.

23 DE SEPTIEMBRE

Curaçao: esa isla larga y desierta con la forma de un barco golpeado por un huracán que parece inclinarse a banda. La tierra asciende suavemente hacia el oeste hasta las cimas de una cadena de colinas mientras que hacia el este cae abruptamente hasta la playa. Apenas hay vegetación y muy pocas casas hasta que se da la vuelta al cabo y se avista Willemstad. El pueblo tiene una belleza como de juguete que lo deja a uno sin palabras. Es de una alegría absurda; naranja, carmesí, escarlata, verde

loro y amarillo canario. Desconozco si ésta es la arquitectura típica del caribe pero es de lo más particular; aquí y allá se ven porches ridículamente clásicos, marcos de ventanas decorados con brochazos torpes de color; todo tiene un aspecto de esplendor alegre, de animación negra, y algo parecido a un decorado ruso.

En el muelle puede verse un viejo fuerte holandés y una hilera de casas altas del siglo xvii que parecen haber sido trasladadas piedra a piedra desde la ribera de un canal de Ámsterdam. Tienen las mismas fachadas estrechas y figuras en bajo relieve y también esos ganchos para subir los muebles y los alimentos hasta el último piso. El puerto abarca el pueblo completo de parte a parte y rodea una gran laguna llamada Schottegat. Para entrar en ella es necesario recorrer un largo canal que parece una calle principal. La llegada tiene un aire triunfal de bienvenida; el antiguo puente de pontones, el «Reina Emma», se abre como un portalón para dar el paso. Todo el mundo saluda con las manos; niños de la escuela holandesa, chinos, negras con cestas en la cabeza, venezolanas en botes cargados de hortalizas rumbo a La Guaira, marineros norteamericanos que lavan sus pantalones vaqueros. Es como si el barco se hubiese vuelto enorme de pronto; desde la cubierta se pueden ver los tejados de las casas.

Alrededor del Schottegat se ven plantas y depósitos de petróleo. Su olor lo inunda todo. Las aguas de la laguna están cubiertas por una minúscula capa multicolor y en las playas se observa varios metros de brillante y fúnebre espuma negra como el carbón. Uno podría pensar de pronto que está en Wilmington, California. He ahí la fuente principal de riqueza de Willemstad: un patio posterior mugriento y una bonita vitrina llena de objetos importados. La ciudad es prácticamente un puerto libre, por eso los precios son más bajos que en Estados Unidos, por no hablar de la carísima Venezuela. Nuestros compañeros de viaje no tardan en caer en la manía consumista; donde quiera que vamos nos cruzamos con grupos cargados de bolsas repletas de bibelots chinos, sedas, lino, perfumes y

botellas de Curaçao. Por alguna razón secreta las cáscaras de naranja de esta isla se consideran especialmente apropiadas como ingrediente para fabricar ese licor.

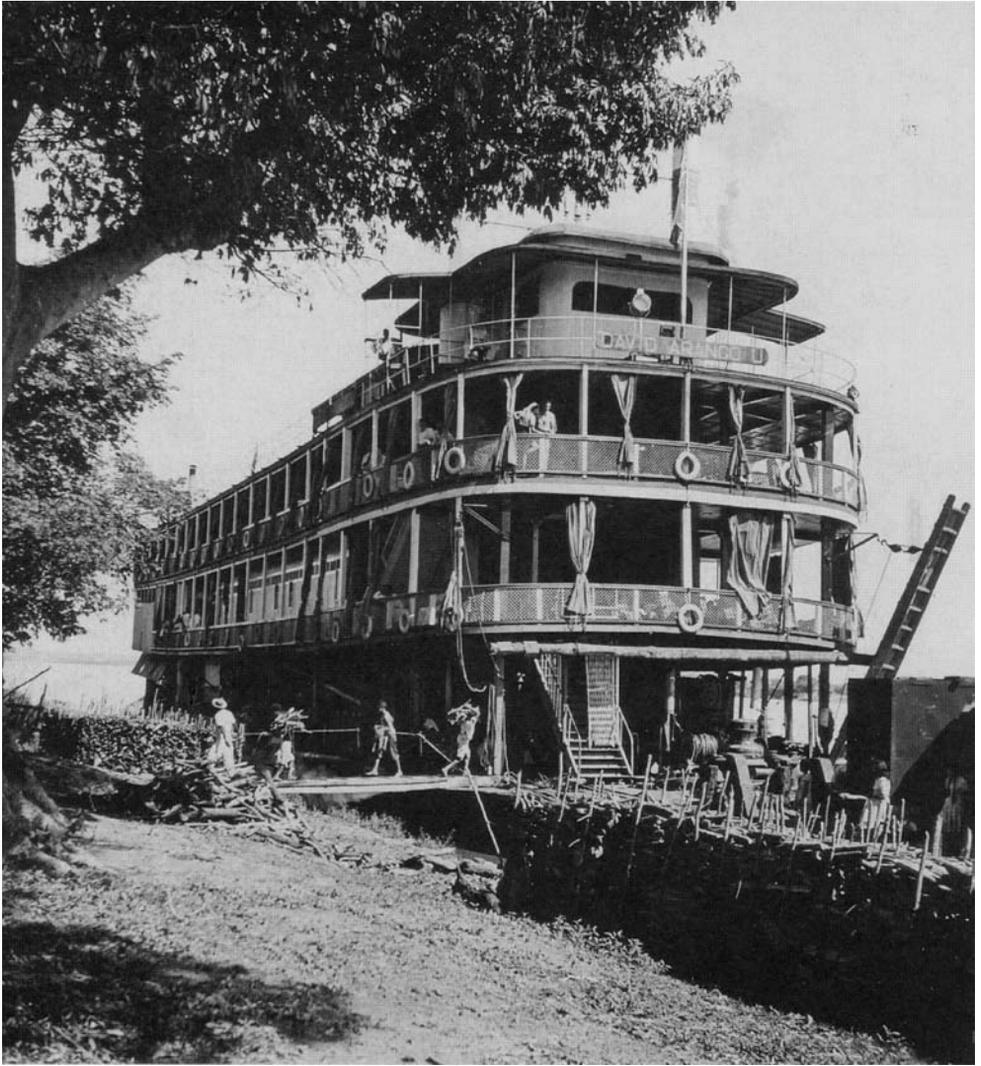
En realidad lo más agradable es sentarse a tomar una cerveza en la terraza del Hotel Americano. Desde ese lugar, mirando a través de la entrada del puerto la vieja casa amarilla del gobernador, con sus robustas molduras blancas de yeso, se puede ver todo lo que sucede en el interior de la ciudad. Las calles estrechas y la plaza del puerto están repletas de bicicletas que campanillean, y el tráfico lo dirigen policías holandeses pelirrojos. Pasan caminando con energía, algunos de ellos con la cara quemada, de un color cercano al rojo ladrillo; las negras pasean con elegancia y vestidos blancos que contrastan con su piel; el viento arrastra a una monja como si se tratara de una barquita. El entretenimiento de estos habitantes parece no ser otro que el de cruzar una y otra vez el canal por el «Reina Emma» o en transbordador, cuando el puente está abierto. Al puerto llegan barcos sin descanso, zarpan y se pierden de vista a lo lejos, entre el reflejo cegador del agua. La atmósfera que nos rodea está compuesta de todo ese color y movimiento, todo ese ir y venir sobre la inmensidad del agua bajo el sol y el cielo azul. Risas, luz, los gestos de las personas, el relumbrar de las olas y de las miradas, todo parece fundirse en una sola materia de felicidad. Desde el balcón el turista admite sin dificultad que Willemstad es el paraíso y se deja llevar por fantasías de exilio voluntario: «Aquí podría vivir —piensa— el resto de mi vida. Tal vez podría comprar aquella casita roja de la colina y tener todo lo que deseo. Haría amigos, conocería a gente maravillosa, y siempre habría gente nueva, gente de paso. Yo podría convertirme en el anfitrión de todos ellos, sería alguien famoso. En Europa y en Estados Unidos la gente diría: ¿Va a pasar usted por Willemstad? No olvide entonces visitar a un hombre extraordinario que vive allí, lo conocen en todo el Caribe, su nombre es Curaçao Chris».

Al turista le basta en realidad para salir de su ensoñación una sencilla y brutal palabra: SHELL. Ahí está, pintada en negro

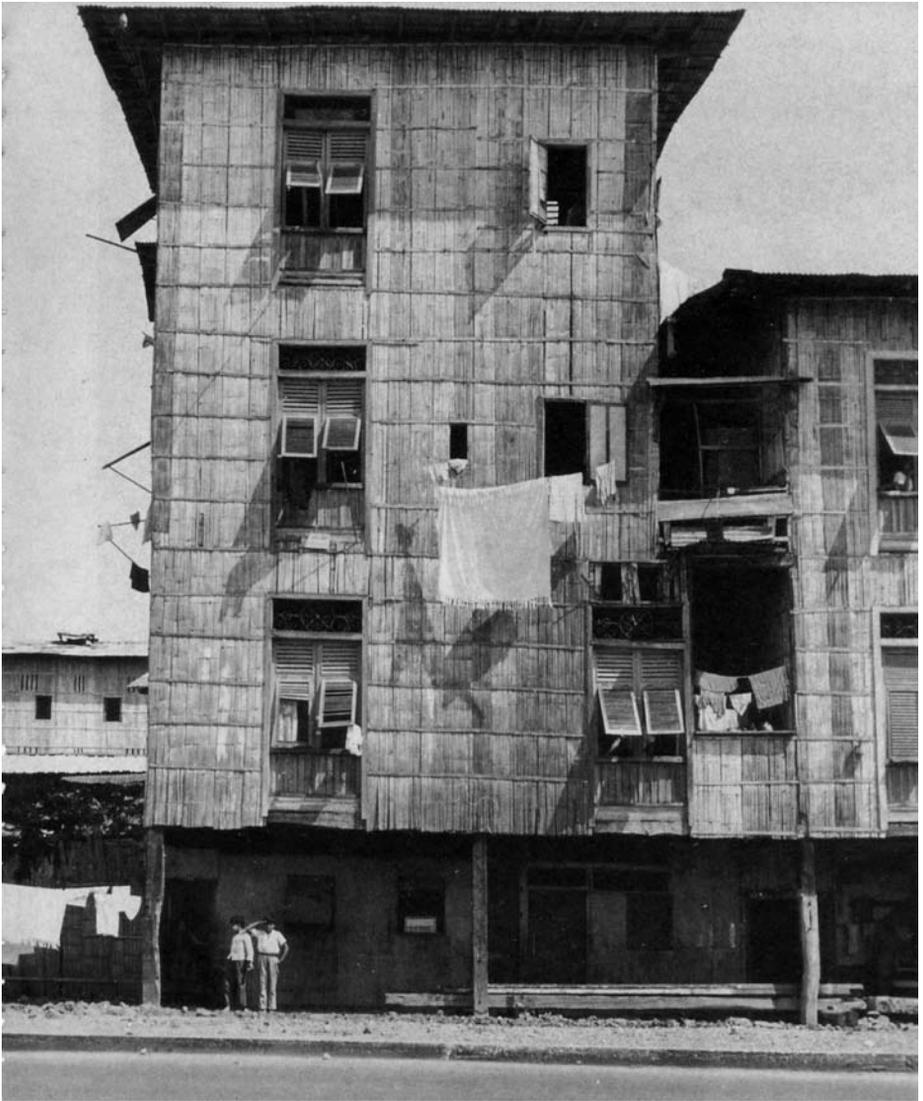
sobre los tanques plateados del puerto. Y es que, ay, Willemsstad es una de las islas tropicales de refugio menos seguras. Depende de Venezuela para el crudo y la comida, y de las líneas de navegación para su comercio; está a merced de la más mínima crisis económica, eso por no mencionar los disturbios políticos locales y las guerras internacionales. Su agricultura es casi inexistente porque apenas llueve. Si se cortaran o interrumpieran sus líneas vitales por un tiempo, aunque fuese corto, sus habitantes se verían obligados a abandonarla para no morir de hambre. No es precisamente el lugar apropiado para gandulear en la playa, por eso es preferible que el romántico turista se lo deje a sus más bien prácticos comerciantes, que pague su cerveza y se vuelva a subir a su barco.

24 DE SEPTIEMBRE

Como la mayor parte de los pasajeros desembarcaban en La Guaira, Venezuela, ayer por la noche tuvimos una cena informal y, tras ella, un número de cabaret improvisado. La fiesta, como era de prever, incluía sombreritos de papel, que nos pusimos durante el postre, y cornetas de juguete que provocaron una orquestal pedorrera. Yo detesto los cucuruchos, pero me entusiasman las cornetas, lo que no significa otra cosa que detesto los uniformes pero me gusta hablar en público. Nuestros compañeros de mesa se pusieron los sombreros sin dudar ni un instante. Ella prefirió ponérselo en un ángulo un poco más coqueto y él se lo atornilló a la cabeza como si se tratara de una reunión de negocios. Las cornetas parecían imponerles un poco más y sólo se atrevieron a unirse a la comitiva después de que Caskey emitiera con la suya varios ruidos obscenos. En el centro de la sala tres pequeños ecuatorianos se dedicaban a sabotear la frágil alegría de los adultos dando pisotones y alaridos. Ese niño gordito y con una ancestral cara de inca nos ha hecho sentir su presencia con gran audacia durante todo el viaje. Sus principales placeres son dos: comer con voracidad



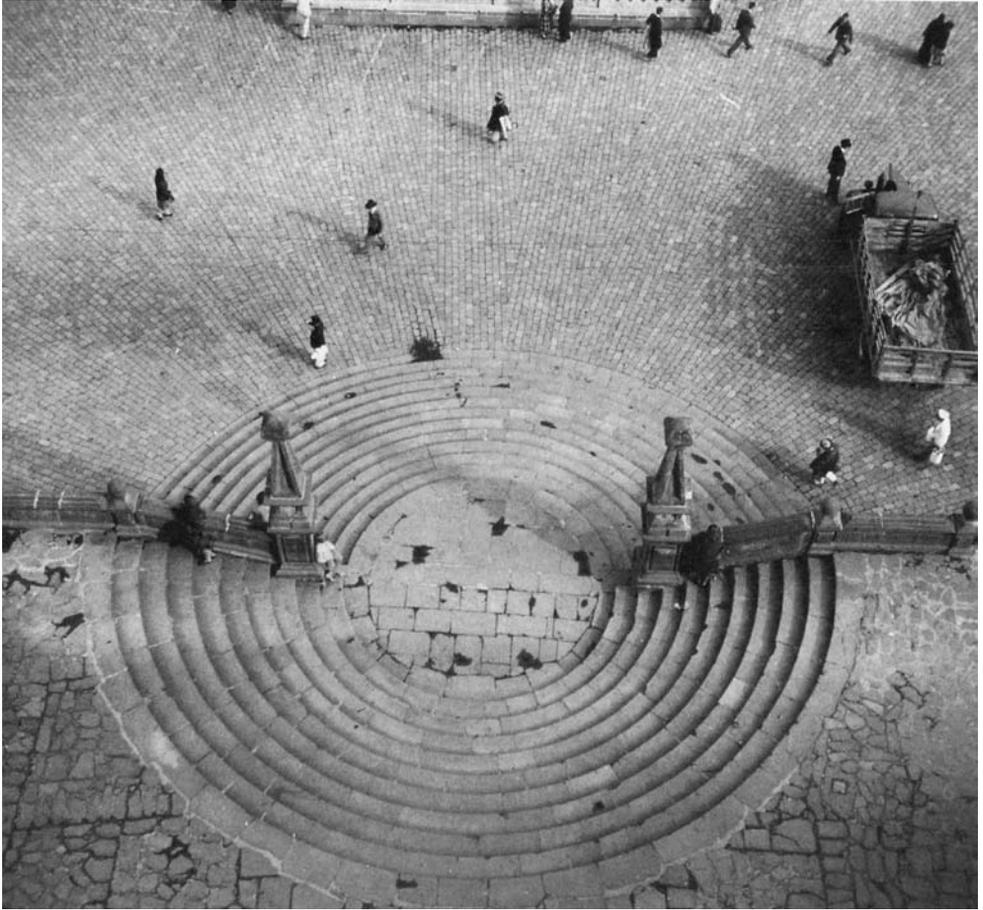
David Arango carga leña en el río Magdalena.



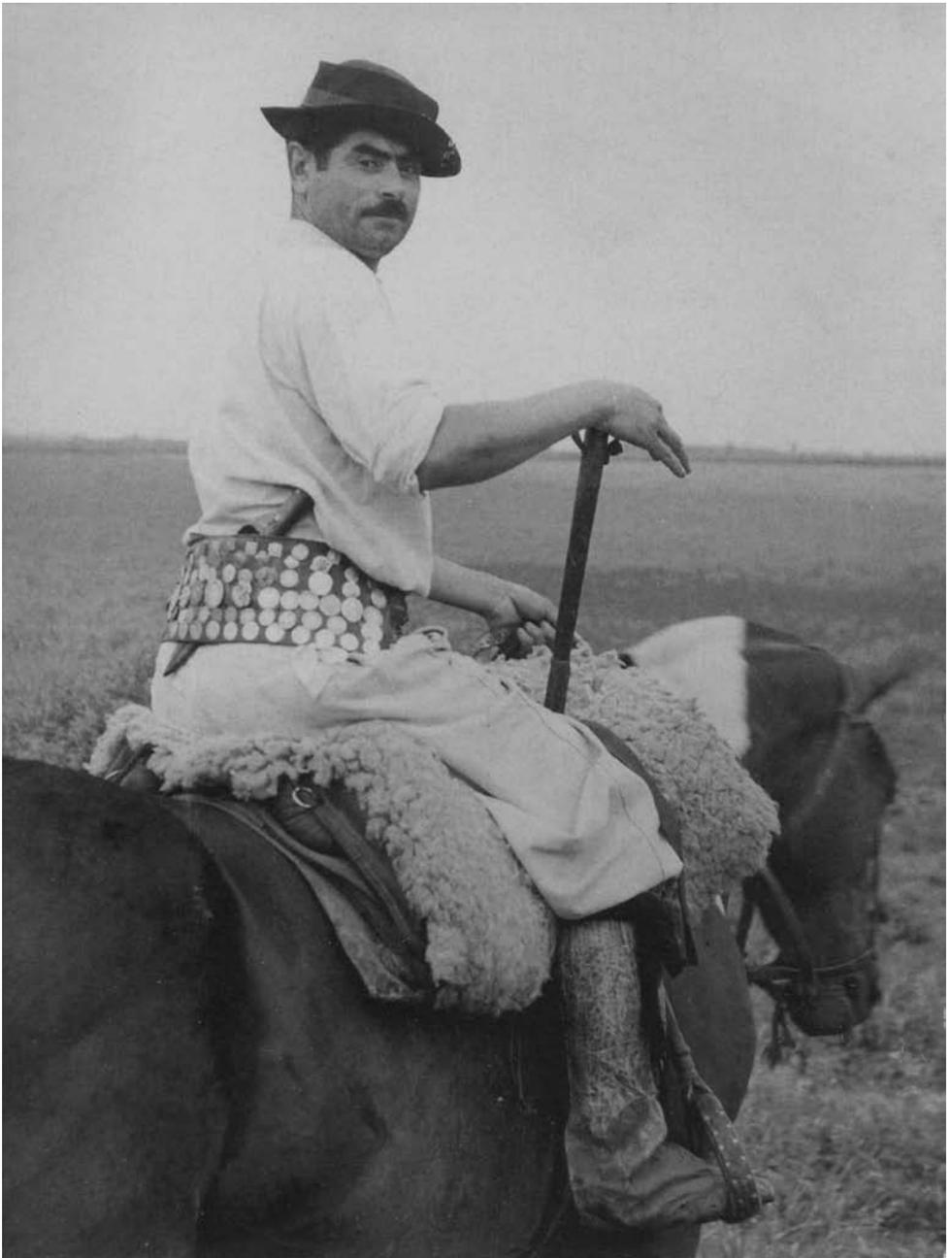
Viviendas de bambú, Guayaquil.



El volcán Sangay, Ecuador.



La plaza desde la Torre de San Francisco, Quito.



Gaicho, Argentina.